



BAJO LAS ESTRELLAS

De todas las noches, aquellas en las que todo es azul y plata son las que prefiero para pasear.

Mientras mis padres se quedan bajo algún árbol, tomo el camino de la playa. Sé que me llevará a un mar lleno de luces.

Me acerco a la orilla para hablar con las estrellas de mar. Esa noche, me cuentan, partirá una barca hacia una lejana isla. Los navegantes te están esperando.

Y así fue.

Navegamos toda la noche por un mar de luz. A ratos, adormecida, escuchaba las historias que contaban sobre la isla.

La isla, decían, está bañada por una extraña luz, y en el centro se eleva una alta montaña.

Al llegar vi el sol de medianoche del que me hablaron. Subí por un camino junto a un río, y allí había niños bañándose entre rocas. La luna resbalaba por su piel.

Más arriba encontré a los porteadores de sueños. Ellos atraviesan pueblos, aldeas y cabañas recogiendo los sueños de la gente para llevárselos a los dioses que habitan la montaña. Sus cestos son grandes porque inmensos son los sueños. Sus cestos son ligeros porque no pesan los sueños.

Siguiendo un sendero, me adentré en un oscuro bosque de azules musgos y helechos. Allí vivía un enorme y viejo castaño. Sus ramas eran fuertes y densamente pobladas y no dejaban llegar la luz al suelo. Sus raíces salían de la tierra. Las iluminé con un pequeño fuego.

Me senté allí cerca, a observar ese mundo iluminado por una luz, la de mis sueños.

Pero ya era hora de regresar. Pasé junto al viejo castaño y allí seguía el fuego. Aún pude ver las huellas de los porteadores de sueños.

Saludé a los niños. Los navegantes me esperaban.

Subí a la barca e iniciamos el regreso.

Volví junto al gran árbol, me tumbé y contemplé el cielo. Y así, arropada por ese manto, me dormí bajo las estrellas.

Sandra Barrilaro
Bajo las estrellas
Madrid, Kókinos, 2000